
La Rosa Envenenada

La Rosa Envenenada

Una novela de Reyes Caballero

SINOPSIS

En el esplendor de Versalles, una mujer comienza a desenterrar un secreto tan antiguo como el poder: una red femenina de memoria y justicia llamada Rosa Tenebris. A través de asesinatos simbólicos, un lenguaje de flores y espejos que ocultan más que reflejan, Marguerite se enfrentará no solo al pasado de la corte, sino al suyo propio.

3. NOTA BIOGRÁFICA DE AUTORA (versión para dossier editorial)

Reyes Caballero

Directora de cine independiente, escritora y artista multidisciplinar, con más de 89 premios internacionales y presencia en festivales de 64 países. Su cine, profundamente estético y comprometido, gira en torno a la identidad, la memoria, el poder femenino y la belleza como resistencia. Ha escrito 11 libros y 4 publicados en Amazon. Este libro inspirado en Versalles: La Rosa Envenenada es su segunda incursión en la novela histórica, escrita con el mismo pulso visual y simbólico que caracteriza su obra cinematográfica.

En el corazón del fastuoso palacio de Versalles, donde las intrigas se visten de encaje y las verdades mueren tras un abanico, una serie de asesinatos sacude los salones dorados del poder. Las muertes no responden a la lógica ni al azar. Cada víctima aparece con una flor. Cada flor, con un mensaje. Y detrás de cada mensaje, una mujer.

Marguerite, Marquesa silenciosa y sobreviviente de un pasado que se niega a olvidar, se convierte en la pieza clave de una red ancestral: la Rosa Tenebris, una hermandad secreta de mujeres decididas a hacer memoria allí donde la historia las ha borrado.

Entre espejos que no reflejan, relojes que cuentan asesinatos y confesiones que son manifiestos, esta novela traza un sendero entre el perfume de la justicia poética y el veneno de la venganza.

Una historia de flores, sangre y resurrección femenina. Una

revolución silenciosa plantada en los jardines del Rey.

Versalles: La Rosa Envenenada es una novela de suspense histórico que entrelaza hechos reales con ficción oscura y poética, iluminando el poder oculto de las mujeres silenciadas. Una historia de redención, identidad y legado que florece donde el silencio reinó.
tú



Capítulo I – El último brindis de Madame de Soissons

Versalles, invierno de 1708. El frío, embozado en mármol y perfume, no lograba atravesar los ventanales dorados del Salón de los Espejos…



Capítulo II – El jardín del Rey y la carta rota

Versalles amanecía con niebla baja, de esa que repta por los jardines como si buscara los secretos dormidos entre los setos...



Capítulo III – Los rostros del confesor

En el ala este del Palacio, donde el mármol se entibia con incienso y el silencio pesa más que el oro...



Capítulo IV – Una dama sin sombra

El rumor llegó antes que ella. Como una corriente de perfume que atraviesa pasillos cerrados...



Capítulo V – La ceremonia del veneno

Versalles no duerme. Solo cambia de forma...



Capítulo VI – Versalles bajo la luna nueva

Había cosas que no podían preguntarse dentro del Palacio.
Y respuestas que no podían buscarse bajo la luz del trono...



Capítulo VII – El reloj de sangre

Algunos objetos son solo decorativos. Otros, en , son testigos...



Capítulo VIII – Las confesiones no escuchadas

El silencio es una jaula que se elige. Pero hay silencios que se heredan...



Capítulo IX – El baile de máscaras

Versalles se preparaba para la noche de primavera como si el invierno jamás hubiera existido...



Capítulo X – El espejo negro

El Palacio parecía intacto, pero el veneno había entrado en las paredes...



Capítulo XI – El Rey enfermo, el reino envenenado

Luis XIV cayó enfermo dos semanas después...



Capítulo XII – El rostro bajo la peluca

La Marquesa pidió una audiencia con el sastre real...



Capítulo XIII – La tumba bajo el estanque

En la restauración del estanque de Apolo, los obreros hallaron huesos...



Capítulo XIV – Juicio sin jueces

En una noche sin luna, la Marquesa recibió una nota...



Capítulo XV – Epílogo: La rosa florece en invierno

Años después, en un convento de Provenza, una mujer escribe...



CAPÍTULO I

El último brindis de Madame de Soissons

Versalles, invierno de 1708. El frío se colaba entre los mármoles como un huésped no invitado, pero la corte lo ignoraba con obstinación. Dentro del Salón de los Espejos, el fuego de las arañas de cristal brillaba como si aún fuese primavera, y los perfumes dulces de las damas competían con el incienso y el sudor oculto tras capas de seda. La orquesta de cámara tocaba un allegro de Lully. Las máscaras reían. Los secretos flotaban.

La Marquesa de la Feuillade no reía.

Vestía un satén gris perla, ajustado por un corsé de brocado antiguo que había mandado restaurar en secreto. Su rostro, cubierto por un antifaz de encaje blanco, no ocultaba la inteligencia de sus ojos, ni su cautela. Caminaba entre los invitados como un espectro con memoria. Había sido esposa, hija, amante. Ahora era observadora. Solo eso. Y esta noche, algo no encajaba.

En un rincón del salón, cerca de una de las columnas doradas, una risa estalló con más fuerza de lo debido. Todos giraron la cabeza. Era Madame de Soissons, vestida con una capa de tul rojo sobre terciopelo negro, el cuello adornado con rubíes y labios más oscuros que el vino. Jugaba con su copa. Un joven oficial, borracho y hermoso, le susurraba algo que la hizo soltar otra carcajada. La Marquesa no pudo evitar mirar dos veces.

—Está demasiado alegre —susurró alguien detrás.

Era el Padre Giraud, el confesor del Rey, que aparecía sin anuncio, como una

sombra entre el incienso. Siempre de negro, siempre con una mirada más aguda que piadosa.

—¿Desde cuándo reírse es un delito, Padre? —respondió la Marquesa, sin girarse.

—Desde que es la víspera del juicio —dijo él—. Y ella lo sabe.

En ese instante, Madame de Soissons alzó su copa.

—¡Por la eternidad de Su Majestad! —brindó con teatralidad.

El joven oficial alzó la suya, sonriente. Todos los que estaban cerca imitaron el gesto. La Marquesa, no. Observaba la copa.

Madame bebió. Cerró los ojos. Y en el mismo segundo en que la música cambiaba de tono, cayó de bruces sobre el mármol.

El silencio fue inmediato. La copa rodó hasta los pies de un lacayo. El joven oficial palideció. Un grito contenido brotó de alguna garganta, pero fue tragado por el decoro.

La Marquesa se acercó de inmediato. Se arrodilló junto al cuerpo, ya inmóvil. Sus dedos tocaron la muñeca de Madame. Sin pulso. El rostro se había tornado ceniciento. Solo una gota de vino, o sangre, manchaba el borde de sus labios.

—¿Alguien más ha tocado esta copa? —preguntó la Marquesa, sin alzar la voz.

Nadie respondió. Todos retrocedieron.

El Rey no estaba presente. Se había retirado temprano, aquejado por la fatiga. Solo quedaban sus hijos, algunos ministros, y las máscaras.

El Duque de Maine ordenó que el salón fuera desalojado. Se apagaron las luces, se suspendió la música, y los murmullos comenzaron como un enjambre contenido.

La Marquesa permaneció junto al cuerpo. Con una delicadeza impropia del momento, desató el pañuelo de encaje del cuello de Madame. Allí, casi imperceptible, un hilo de perfume más amargo que floral se elevó. Ella lo reconoció. Almendra y azufre. Veneno.

Metió la mano en la manga de la muerta. Un abanico caído. Lo tomó. Entre las plumas, algo crujió. Era una carta, rasgada, apenas visible. Una sola frase podía leerse, escrita a mano, con caligrafía femenina:

“…el Clavel Rojo traerá justicia donde la Rosa no pudo florecer…”

Una promesa. O una advertencia.

La Marquesa se levantó. A lo lejos, tras un biombo de laca negra, una figura encapuchada la observaba. No tenía emblemas. No tenía rostro.

En cuanto cruzó su mirada con la de ella, desapareció entre las sombras. Nadie más pareció notarlo.

Pero la Marquesa entendió algo, en ese instante, con absoluta claridad.

El juego había comenzado.

Y Madame de Soissons no sería la última.



CAPÍTULO II

El jardín del Rey y la carta rota

El amanecer no rompía en Versalles: apenas se insinuaba tras una bruma blanca que se deshacía sobre las estatuas de mármol y los setos recortados con precisión militar. El silencio de la madrugada estaba roto únicamente por el leve crujido del suelo helado bajo las suelas de la Marquesa de la Feuillade.

No llevaba escolta. No avisó a nadie. Tampoco portaba abanico, joyas, ni cofia. Vestía de gris oscuro, como una viuda que pasea sola su memoria por los márgenes del poder. Pero ella no caminaba para recordar. Caminaba para buscar.

En la mano izquierda llevaba el abanico de Madame de Soissons. A primera vista, un objeto de vanidad sin valor alguno: seda bordada sobre varillas de nácar, ligeramente desgastado en las esquinas, con la pluma central ligeramente doblada. Pero entre las costuras del forro interior —lo había notado la noche anterior— sobresalía un fragmento de papel.

Ahora, al abrigo de las miradas, lo extrajo con pinzas. Estaba doblado con meticulosidad, como si su dueña hubiese querido esconderlo de alguien… pero también dejarlo lo bastante visible como para que otra persona lo encontrase.

Desplegó el papel. El texto estaba incompleto: la mitad inferior había sido arrancada. Aun así, una frase se dejaba leer:

“…el Clavel Rojo traerá justicia donde la Rosa no pudo florecer…”

Clavel. Rosa. Justicia.

Las flores no eran ornamento. Eran códigos.

Giró el papel. En la esquina, escrita a lápiz, una sola palabra, con una caligrafía firme y masculina: “Tenebris”.

La Marquesa cerró los ojos. El recuerdo acudió como un veneno antiguo.

Diez años antes, durante un verano en la Provenza, su difunto esposo le mostró un tomo encuadernado en cuero oscuro, escondido en un doble fondo de su escritorio. Lux Tenebris Obumbrata. Así se titulaba el manuscrito. Su contenido era una mezcla de alegorías religiosas, recetas botánicas, pasajes alquímicos, y símbolos que nunca había comprendido del todo. Lo hojeó por curiosidad; él, en cambio, lo cerró con violencia. “Esto no es para ti”, dijo. No volvió a abrirlo.

Ahora sabía que había mentido.

El libro sí era para ella. Siempre lo había sido.

Un carruaje pasó por el sendero principal. Cerrado, discreto. En su interior, apenas visible por el reflejo del cristal, una figura encapuchada parecía mirarla. Solo un segundo. Luego desapareció entre la niebla.

La Marquesa permaneció inmóvil. No por temor. Por certeza.

Estaban observándola.

No tenía pruebas, solo fragmentos. No tenía aliados, solo silencios. Pero tenía algo más fuerte: voluntad.

Volvió sobre sus pasos, cruzó los jardines hacia la galería cubierta, y se dirigió al ala este del Palacio. Antes de encerrarse en sus aposentos, ordenó a su doncella que preparase una lista de nombres.

—¿De quién, mi señora?

—De todas las damas que han muerto en el último año.

Sin causa clara. Sin diagnóstico oficial. Y con flores en la mano.

El veneno había entrado en la Corte. Y llevaba perfume de clavel.



CAPÍTULO III

Los rostros del confesor

La fe, en Versalles, no era un camino recto. Era un espejo fragmentado, donde cada reflejo devolvía una verdad diferente. Y el Padre Antoine Giraud lo sabía mejor que nadie.

Sentado en su escritorio del oratorio real, con la pluma suspendida sobre un cuaderno encuadernado en piel, escuchaba el eco de las campanas de maitines. No escribió. Solo miró la llama de la vela, como si esperara que le respondiera. El silencio le ardía en las sienes.

Sobre la mesa, alineadas con precisión monacal, seis hojas manuscritas. Cada una llevaba un nombre.

Seis mujeres. Seis muertes.

Todas miembros de la nobleza, todas jóvenes, todas ligadas a alguna figura de poder. Todas fallecidas en el último año. Sin signos de violencia. Sin enfermedad previa. Sin explicación.

Todas, salvo una, habían pasado por su confesionario.

Había empezado a tomar notas después de la tercera muerte. Al principio por prudencia. Luego por miedo. Y ahora, por convicción. El cuaderno que tenía ante sí era su único testigo. Lo había titulado con letras pequeñas, en latín: Mortis intra murum —La muerte dentro del muro.

Acarició la cubierta como si fuera la espalda de un animal dormido.

La noche anterior, al término del baile, había sentido el impulso de contarle todo al Rey. Pero no lo hizo. Porque sabía lo que implicaba romper el voto del secreto sacramental.

Y porque temía que el Rey no le creyera.

O peor aún… que ya lo supiera.

Golpearon la puerta. Una vez. Luego otra.

—¿Quién? —preguntó sin levantarse.

—Soy yo —dijo una voz. Femenina. Grave. Reconocible.

La Marquesa.

Giraud abrió. La encontró de pie, sin abrigo, con el abanico de Madame de Soissons en la mano. No llevaba expresión en el rostro. Solo determinación.

—Necesito hablar con usted. Y no en calidad de penitente.

—Entonces pase —dijo él—. Pero sepa que no tendré respuestas.

—No las quiero. Solo preguntas.

Cerró la puerta tras ella.

La Marquesa extrajo el fragmento de carta. Se lo tendió sin hablar. Giraud la leyó. Sus pupilas se contrajeron. Luego, se sentó lentamente.

—Clavel Rojo… Rosa que no floreció… Tenebris —leyó en voz baja—. Dios misericordioso.

—¿Sabe lo que significa?

—Sé que lo he visto antes.

Se levantó. Caminó hacia un armario bajo llave. Extrajo un libro. Pequeño, encuadernado en cuero rojo oscuro. Lo colocó sobre la mesa.

—Este libro fue confiscado durante los juicios de La Voisin. Lo entregó una abadesa antes de morir, a condición de que nadie lo leyera. Yo lo leí.

Abrió el volumen. En la primera página, un símbolo: una estrella de seis puntas dentro de un círculo, y bajo ella, una flor invertida.

—La Rosa Tenebris —susurró la Marquesa.

—Una red secreta. Una herejía. O una verdad que incomoda demasiado —dijo Giraud—. No sabemos si es una organización, un linaje, una secta… o una idea. Lo único claro es que, donde aparece este símbolo, la muerte camina cerca.

La Marquesa lo observó en silencio. Luego habló.

—Una mujer muerta, un clavel envenenado y una carta a medias no bastan para acusar a nadie. Pero cuando el silencio se multiplica, alguien debe hablar.

El confesor cerró el libro. Con firmeza. Con dolor.

—Si se decide a continuar, Marquesa, perderá más que respuestas. Perderá la

protección de Dios. Y quizá también la de los hombres.

Ella asintió.

—No vine a buscar consuelo, Padre. Vine a confirmar que lo que vi… no fue una alucinación.

Giraud no respondió. Pero por primera vez, en muchos años, tuvo miedo.

No por ella. Por todos.



CAPÍTULO IV

Una dama sin sombra

En la corte de Versalles, todo nuevo rostro era un enigma. Pero aquel rostro no era nuevo: era desconocido.

El rumor precedió a su llegada. “Una extranjera traída por el embajador de Venecia.” “Una dama instruida en astrología, danza oriental y filosofía natural.” “Dicen que sobrevivió a un naufragio y que desde entonces nunca duerme más de tres horas.”

No tenía nombre oficial. En los pasillos la llamaban La Dama de Bronce, por el color de su cabello, por la frialdad con que se desplazaba, o por el broche que siempre llevaba al centro del pecho: una estrella de seis puntas grabada en un disco de metal oscuro. Algunos decían que era un adorno turco. Otros, que era una reliquia ancestral. Ella nunca lo explicaba.

La Marquesa la vio por primera vez en la galería de los tapices. Iba sola. Sin dama de compañía. Sin escolta. Observaba un tapiz con la historia de Acteón, el cazador que fue castigado por ver lo prohibido. Sus dedos recorrían los hilos como si leyera un texto en braille.

La Marquesa se acercó con paso firme. Sus movimientos eran medidos, pero sin afectación. Ni agresivos ni sumisos. Era una mujer que sabía mirar… y sabía callar.

—Dicen que este tapiz tiene un gemelo en Florencia —comentó la Marquesa, deteniéndose a su lado—. Pero allí lo mutilaron. El ciervo ya no sangra.

—En Florencia mutilan por miedo —respondió la Dama de Bronce, sin mirarla—. Aquí por conveniencia.

La Marquesa arqueó una ceja.

—¿Y usted qué prefiere?

La otra sonrió.

—Yo prefiero observar. Hasta que alguien me obligue a elegir.

Se volvió hacia ella. Por primera vez, sus ojos se cruzaron. Los de la Marquesa, grises, veloces. Los de la Dama, dorados, fijos, imposibles de leer.

—Soy la Marquesa de la Feuillade.

—Lo sé.

—¿Y usted?

—No soy nadie… todavía.

Se inclinó con elegancia. Luego, como si fuera lo más natural del mundo, colocó un pequeño sobre en el alféizar de la ventana cercana.

—Esto llegó para usted —dijo—. Me pareció importante.

La Marquesa no respondió. Esperó a que se alejara. La observó marcharse: sus pasos no dejaban eco. Su figura no proyectaba sombra bajo la luz del mediodía.

Solo cuando estuvo sola, abrió el sobre. Dentro, una flor seca.

Un clavel rojo.

Y una palabra, escrita con una letra que no era manuscrita, sino grabada con presión, como con aguja o estilete:

“Memoria.”

La Marquesa guardó el sobre en su corsé.

Por primera vez desde la muerte de Madame de Soissons, no sintió temor.

Sintió algo más profundo.

Reconocimiento.



CAPÍTULO V

La ceremonia del veneno

Versalles no duerme. Solo cambia de rostro.

Cuando cae la noche y el Rey se retira a sus aposentos, lo que permanece en pie entre columnas y galerías no es la monarquía, sino su reflejo oscuro: los juegos secretos, las puertas laterales, los pasadizos que no figuran en los planos. En ese otro Versalles, las normas son distintas. Y más peligrosas.

Una nota sin firma había sido deslizada bajo la puerta de la Marquesa al anochecer.

“Esta noche. Laberinto. Entrada oeste. Sin escolta. Sin preguntas.”

Alguien más habría pensado en una trampa. Ella no. Pensó en una oportunidad.

Se vistió de negro. Llevaba botas de montar, capa sencilla y una daga pequeña atada al muslo. No por paranoia. Por memoria: su padre, oficial de frontera, le enseñó que el miedo no se enfrenta con valentía, sino con preparación.

Cruzó el jardín con paso firme. La luna estaba oculta. Solo las estatuas parecían presencias vivas bajo la niebla baja. El aire olía a tierra húmeda y a algo más: incienso… o mirra.

El laberinto de setos estaba abierto.

Avanzó sin luz. Sabía el camino. De niña, lo recorrió mil veces con su hermano. Dobló a la izquierda tras la fuente seca. Luego a la derecha. Y entonces lo vio.

Un claro circular. Doce figuras encapuchadas, inmóviles. En el centro, una mesa baja cubierta por un paño púrpura. Encima, una copa de cristal, rodeada de pétalos oscuros. Las antorchas estaban dispuestas en forma de estrella. El aire era espeso.

Y allí estaba ella.

La Dama de Bronce.

No llevaba capa. Solo un vestido ajustado hasta el suelo, de terciopelo negro. El broche de estrella sobre el corazón. En sus manos, una rosa blanca, intacta.

Nadie habló. La Dama colocó la flor sobre la mesa. Luego levantó la copa.

—Sanguis terrae, flos mortis, lucem nobis dona.

(Sangre de la tierra, flor de la muerte, danos la luz.)

Uno de los encapuchados se arrodilló. Bebió.

No cayó. No gritó.

Solo cerró los ojos y dijo:

—Recuerdo.

Luego, todos repitieron, uno a uno, la palabra.

“Recuerdo.”

La copa regresó a la Dama. Ella no bebió. Solo miró alrededor. Se detuvo en la Marquesa. Sin sorpresa. Como si supiera que estaba allí.

—Hay una que ha venido sin nombre —dijo.

El círculo se abrió.

Silencio.

—No está aquí para juzgar. Ni para delatar. Está aquí… porque aún puede elegir.

La Marquesa no se movió.

La Dama asintió.

—Entonces observa. Y elige después.

Un sirviente, enmascarado, colocó sobre la mesa un pequeño cofre. Dentro, frascos. Pétalos en aceite. Cuerdas de tripa. Unas semillas negras.

La Dama las tocó una a una. Luego habló.

—No somos asesinos. Somos memoria. Donde la ley olvida, nosotros recordamos.

Se giró, y sin más, desapareció entre los setos.

El círculo se deshizo.

La Marquesa, sola, se acercó a la mesa. No tocó nada. Pero dentro del cofre, encontró un solo objeto nuevo:

un abanico igual al de Madame de Soissons.

Y en él, una flor seca: un clavel rojo.

Aquella noche, la Marquesa no durmió.

Y al amanecer, escribió una línea en su cuaderno:

“Están organizados. Tienen símbolos. Tienen rito. Tienen fe. Y yo… estoy dentro.”



CAPÍTULO VI

Versalles bajo la luna nueva

Partió sin escolta, sin permiso y sin nombre.

A la hora en que los carros de heno cruzaban la Porte Saint-Antoine sin ser vistos.

Llevaba consigo una capa marrón, un bolso de cuero y una carta escrita con su propia sangre.

En la Corte nadie lo supo.

O fingieron no saberlo.

El carruaje la dejó en la rue des Ursulines, frente a una tienda con las ventanas tapadas por cortinas negras. El cartel que colgaba, torcido por el óxido, rezaba: Apothicaire – Remedies Anciens. Nadie entraba. Nadie salía. Solo los gatos vigilaban.

Tocó tres veces. Esperó.

Una cerradura giró.

—La esperaba hace años —dijo una voz rasposa.

Era Jeanne Langlais.

O lo que quedaba de ella.

Antaño considerada una de las herboristas más refinadas de París, había sido acusada de colaborar con La Voisin, bruja, asesina y alquimista de la aristocracia. Jeanne no fue condenada. No por inocencia, sino por silencio. Sabía demasiado. Había sido útil.

Vivía entre frascos de vidrio, libros sin título y plantas colgadas del techo como talismanes secos.

—¿Qué le han quitado? —preguntó.

La Marquesa no respondió.

Jeanne asintió.

—El silencio tiene muchas formas. También mata.

La Marquesa abrió el abanico. Le mostró el símbolo, la flor seca, la frase incompleta. Jeanne no se sorprendió.

—“El Clavel Rojo”… hace años que no lo oía.

Se acercó a un estante. Extrajo un cuaderno. Lo abrió por la mitad. En una página descolorida, una ilustración: un clavel rodeado de espinas invertidas, con la inscripción “Memoria contra el olvido.”

—No era un emblema. Era un juramento.

Las mujeres que portaban ese símbolo no mataban por placer.

Lo hacían para cerrar un ciclo.

Cada muerte respondía a otra.

—¿Y la Rosa Tenebris? —preguntó la Marquesa.

Jeanne cerró el cuaderno.

—La Rosa fue el principio. El Clavel… la respuesta.

—¿Qué significa eso?

—Significa que usted ha heredado una deuda.

Y no todas las deudas se pagan con oro.

Le entregó una caja pequeña, envuelta en terciopelo.

—Contraveneno. Pero no para el cuerpo.

Esto protege el juicio. Le impedirá olvidar lo que ve, aunque lo desee.

—¿Quién está detrás de todo esto? —insistió la Marquesa.

Jeanne la miró fijamente.

—Una mujer. Siempre una mujer. Porque

los hombres construyen imperios… Pero

son las mujeres quienes los entierran.

Aquella noche, al volver a Versalles, la luna no apareció.

Era luna nueva.

Negra.

Como el sello de una carta que nadie quiere abrir.

Y la Marquesa supo que había cruzado un umbral.

Lo que vendría después, ya no sería descubrimiento.

Sería confrontación.



CAPÍTULO VII

El reloj de sangre

En el gabinete privado del Rey, donde el sol no entra sin permiso y los secretos se guardan con llave doble, hay objetos que no figuran en ningún inventario. Instrumentos científicos traídos de Prusia, orbes celestes del Vaticano, y juguetes mecánicos que susurran saberes antiguos a quien sepa escucharlos.

Uno de esos objetos había desaparecido.

Nadie lo mencionó. Nadie lo denunció. Solo el maestro relojero, Monsieur Lavoisier, se atrevió a hablar.

—Padre Giraud —dijo con voz baja, cuando lo interceptó en la sacristía—. El reloj… el autómata… ha sido sustraído.

—¿Qué autómata?

—Uno de los más antiguos. Persa. Entregado como ofrenda diplomática hace veinte años. No marca las horas con números, sino con símbolos. Y no funciona con engranajes comunes… sino con fluidos.

Giraud frunció el ceño.

—¿Qué tipo de fluidos?

Lavoisier tragó saliva.

—Mercurio. Y sangre coagulada.

El confesor guardó silencio. El artesano prosiguió:

—El dispositivo representaba a una figura femenina. A cada ciclo completo —veinticuatro días— la figura caía sobre un disco negro. Nadie entendía el mecanismo. Yo lo reparé hace meses. Funcionaba. Luego… fue retirado. Y ahora… cada vez que muere una dama de la corte, la hora coincide con el momento exacto en que el autómata solía marcar su caída.

Giraud pidió ver los registros. Las coincidencias eran exactas. Las muertes y los ciclos. Un patrón perfecto. Demasiado perfecto para ser azar.

—¿Quién tuvo acceso a él?

Lavoisier dudó. Luego habló:

—Una mujer. No dio su nombre. Llevaba guantes. Y un broche… una estrella oscura sobre el pecho.

El confesor no preguntó más. Sabía quién era.

La Marquesa recibió la noticia esa noche. El confesor no le entregó pruebas. Solo una frase:

“No están improvisando. Están ejecutando. Cada muerte es un tic.

Y usted… está oyendo el reloj.”

En su habitación, a solas, la Marquesa tomó el cuaderno de piel roja. Escribió una línea:

“El asesino no mata por impulso. Sigue un plan. Un tiempo. Un lenguaje.”

Y bajo esa frase, dibujó por primera vez una estrella dentro de un círculo.

La tinta temblaba. Pero su mano no.



CAPÍTULO VIII

Las confesiones no escuchadas

El Padre Giraud solía decir que los verdaderos pecados no se pronunciaban en voz alta.

Se presentaban en los ojos.

En la pausa antes de hablar.

En el suspiro contenido al mencionar un nombre.

Por eso, cuando aquella mujer se arrodilló en el confesionario, sin cruz en el cuello, sin velo, sin temblor, supo al instante que lo que estaba a punto de escuchar no era penitencia.

Era un manifiesto.

—Ave María Purísima —dijo él, mecánicamente.

—Sin pecado concebida —respondió ella, con voz baja y firme.

Era ella.

La Dama de Bronce.

Giraud no dijo nada más. Esperó.

—He matado —dijo.

El corazón del confesor golpeó una sola vez, como si algo se hubiese soltado dentro

de él.

—¿A quién?

—A muchas.

—¿Por qué?

—Porque nadie más lo haría.

Un silencio espeso se instaló entre las paredes de madera. El incienso de la misa anterior aún flotaba.

—No es un crimen si la justicia duerme —continuó ella—. No es pecado si el alma a la que arrancas la vida ya ha matado otras antes.

—Eso no lo decide usted —susurró Giraud.

—¿Y quién, entonces? ¿Un Rey que no mira? ¿Un Dios que calla?

El confesor se removió en su asiento.

—Yo… no puedo absolverla.

—No vengo por eso.

—¿Entonces?

—Vengo a informarle. Para que no diga un día que no sabía.

Vengo a dejarle claro que esto no ha terminado.

Se hizo un nuevo silencio.

Luego, un crujido.

La mujer se levantó. Salió del confesionario.

El confesor respiró. Solo entonces notó que su sotana estaba empapada de sudor.

Salió por la otra puerta. Caminó hasta el altar. Se arrodilló. No rezó.

Abrió su breviario y colocó dentro un nuevo papel.

Una lista.

De nombres.

Y de fechas.

Y en la última línea escribió:

“Si mañana caigo, esto no debe morir conmigo.”

Encendió una vela.

Una más alta que las demás.

La vela de los mártires.



CAPÍTULO IX

El baile de máscaras

El aire en el Salón de Hércules olía a polvo de oro, jazmín y conspiración.

Era la gran noche del Baile de las Flores, donde los rostros se cubrían con encajes y terciopelos, y los nombres se olvidaban por unas horas. En ese juego de apariencias, el pecado y la virtud compartían copa.

La Marquesa no quería asistir.

Pero algo —o alguien— la empujó a hacerlo.

Una carta sin firma, entregada esa mañana:

“El jardín florecerá esta noche.

Pero no todas las flores verán el amanecer.”

Vestía de gris perla con bordados en hilo de estaño. Sin joyas. Sin armas. Su antifaz tenía forma de ala, cubriendo sólo medio rostro. Estaba decidida a observar, no a participar.

Y sin embargo, participó.

En el segundo compás del minueto, alguien la invitó a bailar. Un hombre de porte sobrio, antifaz negro, con la voz grave y elegante de quien no necesita presentarse para ser recordado.

—¿Permitís, Marquesa?

Ella aceptó.

El contacto fue sutil.

La mirada, directa.

Los pasos, sincronizados como si hubieran ensayado en otra vida.

—¿Nos conocemos? —preguntó ella.

—Nos estamos reconociendo —respondió él.

Bailaron tres veces. En cada giro, una palabra. En cada pausa, una promesa sin pronunciar.

Ella no preguntó su nombre. No lo necesitaba.

Le bastaba con sentirse viva.

Después de tanto veneno, algo dulce.

A medianoche, la música se detuvo.

El Rey no estaba presente.

Pero la tradición sí: cada invitado debía dejar una ofrenda simbólica en el cofre del jardín de invierno.

Ella colocó un pañuelo bordado con su inicial.

Él, un clavel blanco.

Y entonces, el grito.

El hombre de antifaz negro cayó.

Sus manos se crisparon.

La copa que acababa de beber se estrelló contra el mármol.

La Marquesa corrió hacia él.

—¡No! —susurró, como si la palabra pudiera detener el tiempo.

Él la miró. Solo un segundo. Sonrió. Y murió.

Silencio. El círculo se cerró. Nadie lo reconocía.

Nadie se acercaba.

Ella buscó con la mirada. Y allí estaba. La Dama de Bronce.

De pie, a lo lejos. Observándola.

No con crueldad. Con compasión.

La Marquesa comprendió.

Él no era culpable. Era el mensaje. El sacrificio.

Para ella.

Esa noche, no volvió a su habitación. Caminó hasta la galería de los retratos.

Se sentó frente al de su esposo. Y lloró.

No por amor perdido. Sino por la certeza de que, desde ahora, no quedaba más verdad que la lucha.



CAPÍTULO X

El espejo negro

En la Sala de los Archivos Silenciados —un anexo secreto bajo la biblioteca del cardenal Mazarin— no hay luz natural.

Solo lámparas de aceite.

Y un gran espejo.

Negro. Opaco.

Colgado al final del pasillo, como si protegiera lo que no debe leerse.

La Marquesa no sabía cómo había llegado allí.

Solo sabía que tenía que estar.

Las puertas se habían abierto solas.

O alguien las había dejado entreabiertas para ella.

El espejo no reflejaba.

Absorbía.

Y ante él, sobre un atril cubierto de terciopelo blanco, un libro.

Sin título. Sin autor.

Al abrirlo, reconoció su propia letra.

Pero no recordaba haber escrito aquellas páginas.

“Capítulo I. El pacto.

La sangre no se hereda. Se acepta.

La memoria no se encuentra. Se desentierra.

La Rosa Tenebris no es una organización.

Es una decisión.”

Pasó las páginas.

En cada una, una muerte. Una flor. Una hora.

“Madame de Soissons – Clavel rojo – Medianoche.

El hombre del antifaz – Clavel blanco – Medianoche y cuarto.

Marquesa de la Feuillade – Clavel seco – Hora pendiente.”

Se detuvo.

Sintió vértigo.

—No es un error —dijo una voz a su espalda.

Era ella.

La Dama de Bronce.

—¿Qué es esto?

—Tu historia.

Antes de que la escribas.

Después de que la olvides.

—¿Quién soy?

La Dama se acercó al espejo.

—Mírate.

La Marquesa obedeció.

Y esta vez vio. No su rostro. Sino tres versiones de sí misma:

1. La joven inocente que llegó a Versalles sin saber leer un secreto.
2. La mujer enlutada que se atrevió a escribir uno.
3. Y una tercera.

Vestida de rojo.
Sin ojos.
Sosteniendo un abanico… y una daga.

Gritó. Cayó hacia atrás. Cerró el libro.

Cuando volvió a mirar, la Dama había desaparecido. Pero el espejo… seguía allí.

Y la figura roja, ya no estaba dentro.

Estaba detrás de ella.

Esa noche, la Marquesa escribió una sola línea:

“No estoy investigando un crimen. Estoy desenredando mi propia resurrección.”



CAPÍTULO XI

La última flor no florecida

No fue convocada. No fue seguida. Fue esperada.

La Marquesa llegó sola a los jardines prohibidos del Petit Trianon, justo antes del alba. El rocío aún no se evaporaba. Las estatuas tenían ojos de niebla.

Allí estaban ellas. Todas.

Doce mujeres. De luto. De rojo.

De silencio.

La Dama de Bronce las encabezaba. Pero no hablaba.

Lo hizo otra.

Una anciana ciega, cubierta de encajes antiguos, con una vara de oro viejo en la mano.

—¿Sabe por qué está aquí, Marquesa?

—Lo sospecho.

—¿Y por qué sigue aquí?
—Porque lo necesito.
La anciana asintió.
—No somos asesinas. Somos respuestas.
Sacó de su vara una hoja de papel.

—Esta es su genealogía. Sangre de condenadas. Nieta de una apotecaria ajusticiada en Toulouse. Hija de una dama exiliada por no querer entregarse al Duque de Montmorency.

La Marquesa bajó la vista.
—No vine a vengarlas.

—No. Viniste a recordarlas.

Las mujeres formaron un círculo. En el centro, una rosa cerrada. Negra. Viva. No había nacido aún.

—Esa flor —dijo la anciana— solo florece cuando una mujer elige su nombre real.

—¿Cuál es el mío?

—Tú lo sabes. No el que firmaste al casarte. No el que murmuran los sirvientes. El verdadero. El que está debajo del miedo.

La Marquesa cerró los ojos. Y habló:

—Soy Marguerite. Hija del silencio. Nieta del fuego. Y esta vez… no me callo.

La rosa se abrió.

Oscura. Perfecta.

Las mujeres asintieron.

Y la Dama de Bronce se quitó el broche. Lo colocó en las manos de Marguerite.

—No te lo damos. Te lo devolvemos.

Ese amanecer, en el registro de defunciones del palacio, apareció un nuevo nombre:

Duquesa de Montpensier – Causa desconocida – Hora exacta: 04:44.

No hubo autopsia. No hubo preguntas. Solo un clavel rojo en su tocador.

Y una línea escrita en el espejo: “La flor floreció. El jardín respira.”



CAPÍTULO XII

El pacto de las vivas

Versalles despertaba, pero ya no era el mismo.

La muerte de la Duquesa de Montpensier había hecho temblar las alas nobles del Palacio. Ella era aliada directa del Rey, protectora de secretos… y, según los rumores, una de las últimas financiadoras de los tribunales de sombras donde se decidía el destino de las sirvientas embarazadas, de las hijas desobedientes, de las viudas sin recursos.

Y ahora, estaba muerta.

Con un clavel rojo.

Y un espejo empañado.

La corte callaba.

El Rey no mencionó nada en el consejo.

Solo pidió reforzar la vigilancia en la Biblioteca de San Luis.

Mientras tanto, ellas se reunían.

Esta vez, a la luz del día.

En un claro junto al Orangerie, rodeadas de árboles de raíz amarga.

La Dama de Bronce presidía.

Marguerite ya no estaba a su lado.

Estaba frente a ella.

—¿Y ahora? —preguntó la joven con la voz limpia del que ya no teme.

—Ahora debemos decidir si esto muere con nosotras…

O si nace con otras.

Marguerite comprendió.

Ya no era una venganza.

Era una siembra.

—Si lo hacemos —dijo— debe ser con reglas.

Con propósito.

Con fuego, sí…

Pero también con luz.

Sacó su cuaderno rojo. Lo colocó en el centro del círculo. Lo abrió. Página en blanco.

—Este será el nuevo libro.

No de muertes.

De decisiones.

Una a una, las mujeres colocaron sus broches junto al cuaderno.

—Ya no necesitamos esconder lo que somos —dijo una.

—Ni vengarnos de lo que fuimos —añadió otra.

—Somos las vivas —concluyó la anciana de encajes—.

Y la historia comienza con nosotras.

Marguerite tomó la pluma.

Escribió la primera frase:

“Aquí empieza el Jardín Rojo.

Memoria, no mito.

Fuerza, no odio.

Flores que no olvidan,

y que nunca volverán a pedir permiso.”

Esa noche, la música volvió al Salón de los Espejos.

Pero algo había cambiado.

Las máscaras eran más ligeras.

Las miradas, más directas.

Y en el vestido de Marguerite, bordado sobre el pecho, una rosa negra.

Abierta.

Visible.

Y viva.



CAPÍTULO XIII

El ángel del último espejo

La luna se elevó sin sonido sobre los techos de pizarra de Versalles.

No había bailes.

No había gritos.

Solo un murmullo:

“La Marquesa ha desaparecido.”

No fue secuestro.

No fue fuga.

Fue acto voluntario.

Marguerite caminaba sola por los pasillos subterráneos del Palacio, donde los planos oficiales no llegaban.

Portaba su cuaderno.

Y una única llave.

El espejo negro, aquel que absorbía y no devolvía reflejos, la esperaba.

Había estado allí desde antes del primer asesinato.

Desde antes de su primer recuerdo.

Lo abrió.

Dentro, un pasaje.

Estrecho. Silencioso.

Apenas unas antorchas marcaban el camino.

Al fondo, un altar.

Y sobre él, una figura.

Un autómata femenino, cubierto de polvo y aceite seco.

Era el Ángel del Último Espejo.

Creado por los relojeros secretos del Rey.

Diseñado no para marcar el tiempo… sino para detenerlo.

Marguerite se acercó.

Insertó la llave.

Giró.

El mecanismo se activó.

La figura alzó los brazos.

Una luz púrpura iluminó las paredes.

Y con voz metálica y femenina, recitó:

“Cuando la Rosa florezca,

una flor debe marchitar.

Cuando la memoria despierte,

una sombra debe callar.”

Marguerite entendió.

Para que la Rosa Tenebris no se convirtiera en otro tribunal secreto, en otro sistema de poder, debía cerrar el ciclo.

Sacó su cuaderno.

Lo colocó sobre el pecho del Ángel.

Escribió una última línea:

"No más listas. No más venganzas. Solo jardín. Solo raíz."

La figura se apagó.

Marguerite dio media vuelta. No miró atrás. Salió al amanecer.

En la corte, nadie volvió a verla.

En el pueblo, decían que se había ido a África, a estudiar hierbas con las mujeres nómadas.
Los más osados decían que había muerto.

Los más sabios, que había despertado.

En una capilla abandonada de Montmartre, años después, se encontró un espejo.

Detrás, talladas a mano, cinco palabras:

“Aquí floreció la Rosa eterna.”

Y en el suelo, una semilla. Negra. Y viva.



CAPÍTULO XIV

El heredero del perfume

Años después, París respiraba otra revolución.

Las banderas colgaban de los balcones.

Las campanas no tocaban a misa, sino a repique de libertad.

En un pequeño gabinete del barrio de Le Marais, una joven perfumista mezclaba esencias. No tenía apellido noble. Tampoco blasones ni recuerdos heredados.

Solo un cuaderno antiguo.

Con páginas en blanco.

Y una frase en la portada:

"Escribe sin permiso. Recuerda sin miedo."

Se llamaba Aimée.

Y aunque no lo sabía aún, era la heredera del perfume.

Entre sus frascos, una fórmula sin nombre.

Rosa negra. Ámbar gris.

Memoria de azahar.

Lo llamó Flor Marguerite.

Lo roció en su cuello antes de asistir a su primer círculo de lectura.

Una reunión secreta entre mujeres.

En una biblioteca con puertas falsas y estanterías huecas.

Allí, entre escritoras, bordadoras, nodrizas, y actrices de provincias, alguien colocó un objeto sobre la mesa:

Un broche de rosa. De metal oscuro. Con una inscripción minúscula por dentro: "Jardín Rojo – Versalles – Año olvidado"

Aimée lo sostuvo. No dijo nada. Pero recordó todo.

Ese día, la Rosa Tenebris no volvió a florecer.

Porque ya no lo necesitaba.

Las mujeres ya no susurraban sus nombres. Los decían en voz alta. Y escribían sus propias listas.

No de víctimas. Sino de autoras.



CAPÍTULO XV

El jardín después del veneno

No hay fechas exactas. Ni actas. Ni crónicas oficiales.

Solo un banco de piedra. En un jardín sin nombre. Donde cada primavera, florecen rosas negras.

Nadie sabe quién las planta. Nadie las riega. Y sin embargo, ahí están.

Cada año, una mujer distinta se sienta allí. Lee en voz baja. Escribe en silencio. Deja una flor. Y se va.

Unas son jóvenes. Otras, ancianas. Algunas ríen.

Otras no.

Pero todas comparten algo:

La certeza de que no están solas.

En el suelo, bajo las raíces, no hay cuerpos. Solo palabras.

Un cuaderno sin candado. Una llave sin cerradura. Un perfume sin frasco.

Y un eco que dice, en cada pétalo que cae:

“Aquí terminó el veneno. Aquí empieza el jardín.”

Fín

